

LA ÚLTIMA ELECCIÓN

Cuando despierto y abro los ojos todo da vueltas sobre mí y los oídos me pitan. Consigo relajarme y veo unas señoras caminar a unos metros de mi cuerpo, no las culpo por no pararse, seguramente pensarán que soy un joven que no ha podido llegar a casa después de la fiesta y se ha quedado dormido en un parque cualquiera.



Poco a poco voy recordando qué hago aquí en una fría mañana de invierno. Ayer en el colegio el chico más popular de clase me había propuesto quedar con él y un amigo para dar una vuelta en bici por el barrio. Yo, por supuesto, había aceptado, ya que desde que llegué a la ciudad no había quedado con nadie ni hecho ningún amigo. Lo que no sabía es que no me iba a encontrar únicamente con mis dos compañeros de clase sino con otros diez chicos, algunos de los cuales había visto por el colegio en cursos más altos y que debían pesar el doble que yo. No es la primera vez que me pegan, estoy bastante acostumbrado a los empujones por el pasillo, las zancadillas inesperadas y la gran cantidad de balones que en educación física llegan a parar a mi cabeza. Pero sí que es la primera vez que lo hacen fuera del colegio, y la primera vez que quedo inconsciente tras ello.

Me levanto y con la mirada busco mi vieja bicicleta roja, está tirada sobre la hierba no muy lejos de mí, supongo que se dieron cuenta de que es prácticamente inservible y decidieron dejarla aquí. Miro el reloj, son las once y media de la mañana, todavía no sé qué le diré a mi madre al llegar a casa así que decido dirigirme a una gasolinera cercana. Una vez allí cojo unos chicles de fresa, mis favoritos, pero al ir a pagar descubro que no tengo ninguna moneda en el bolsillo, no les bastaba con darme una paliza y dejarme inconsciente que tenían que quitarme lo poco que llevaba encima.

Entro en el baño y me miro al espejo. Por primera vez veo mi cara llena de moretones y sangre seca, también empiezo a notar cómo me duele cada músculo de mi cuerpo. Me lavo un poco y voy hacia mi casa pensando en que contarle a mi madre, que sin duda estará histérica y preocupada. Lo siento por ella, nunca le cuento lo que me sucede en el colegio, bastante tiene ya ella con mantenernos a mí y a mi hermana pequeña.

Efectivamente al abrir la puerta de casa la primera reacción de mi madre es gritar, pero al verme se acerca, me observa brevemente y segundos después me abraza fuerte contra ella. Es un gesto que me reconforta a la vez que me hace sentir pinchazos de dolor por todo el cuerpo. Le cuento que ayer a la noche se nos hizo tarde con las bicis y que uno de los chicos nos invitó a cenar y a dormir a su casa. También le digo que hoy a la mañana me he tropezado y me he caído rodando por las escaleras.

Para mi agrado se lo cree y yo voy hacia mi habitación. Estoy cansado así que me pongo el pijama y me meto en la cama. No tardo en dormirme, deseando que al despertar todo haya cambiado y solo sea un chico más que queda con sus amigos y va al colegio sin mayor preocupación que no haber hecho un ejercicio de tarea.

Quiero pensar que lo que me pasa a mí es menos común de lo que es en realidad. Quiero pensar que son menos los niños y adolescentes que llegan cada día al colegio con miedo a que algún compañero les robe el bocata o temiendo que los profesores les pongan por grupos para un trabajo, porque entonces volverán a ser los últimos elegidos por sus compañeros, y eso que puede parecer tan simple, les hundirá un poco más.